



Características del sufismo amoroso persa en el primer período

Dr. Javad Nurbakhsh

Texto del discurso del Dr. Javad Nurbakhsh, Maestro de la Orden Nematollāhi de 1952 a 2008, en la inauguración de la «Conferencia Internacional sobre Sufismo persa: de sus orígenes a Rumi», celebrado del 19 al 21 de 1997 en la Universidad George Washington.

Estoy encantado de tener el honor de inaugurar esta conferencia y deseo daros la bienvenida a todos. Mi charla de hoy concierne a las características básicas del sufismo clásico, esto es, el sufismo durante los primeros siglos del Islam. Más que entrar en un discurso largo y técnico, trataré de dar un perfil general de los aspectos clave del primer sufismo, aspectos que en su mayoría se han olvidado en nuestros días.

1. Una aproximación práctica y visionaria a la «Unidad del Ser»

Los maestros sufíes de esta era se acercaron a la Unidad del Ser desde una perspectiva más práctica que teórica, a través de la visión del corazón y no a través de la especulación intelectual. El testimonio directo de la Unidad del Ser es una visión del corazón específica de aquellos poseedores de corazón que, con los pies del amor, se han distanciado del mundo de la dualidad y, con Sus ojos, le contemplan a Él. La aproximación teórica a la Unidad del Ser, por otro lado, se basa en una filosofía construida por el intelecto y, como tal, pertenece al reino de la dualidad.

De hecho, el acercamiento teórico a la Unidad del Ser posee muchos riesgos para aquellos que lo abrazan, pues se podría utilizar mal tal filosofía para justificar cierta indulgencia e inmoralidad en actos no éticos o comportamientos ofensivos alegando que «todo es Unidad, así que puedo hacer lo que me plazca». Adherirse a esta filosofía puede, de hecho, llevar a una degradación moral, dejando al individuo por debajo del elevado estatus de la humanidad.

Rumi ilustra este peligro en la historia del ladrón que entra en un huerto y roba algunos albaricoques. El propietario llega en ese momento y lo ve. «¿No temes a Dios?», pregunta al ladrón. «¿Por qué habría de ser así? Este árbol pertenece a Dios, los albaricoques pertenecen a Dios y yo soy un siervo de Dios. El siervo de Dios no está sino comiendo de la propiedad de Dios», responde el hombre. Ante esto, el dueño ordena a sus sirvientes coger una cuerda y atar al hombre al árbol. «Ésta es mi respuesta», explica el propietario mientras empieza a golpear al ladrón. Entonces el ladrón exclama: «¿Y *tú* no temes a Dios?». Sonriendo, el propietario responde: «¿Por qué habría de ser así? Ésta es la vara de Dios, la cuerda pertenece a Dios y tú eres el siervo de Dios. Por tanto, sólo estoy golpeando al siervo de Dios con la vara de Dios».

En contraste con el acercamiento teórico a la Unidad del Ser, el acercamiento amoroso y visionario se funda en el amor y es practicado únicamente por aquellos que están libres de interés en sí mismos. Como resultado, produce guardianes de la sociedad y benefactores de la humanidad, ejemplos de la excelencia humana, tales como Abu Sa'íd Aboljeir, Abol Hasan Jaraqāni, Bāyazīd Bastāmi, Hallāy y Ruzbahān.

La teoría de la Unidad del Ser constituye una doctrina filosófica. La aproximación visionaria, sin embargo, implica una senda espiritual y de práctica. La primera es una doctrina que se enseña y se aprende con la mente; la segunda es una práctica caracterizada por la revelación y la visión en el corazón. La primera aumenta el conocimiento intelectual de la persona; la segunda distancia a la persona de sí misma y la lleva a vivir en Dios.

Cuando Hallāy gritó: «Yo soy la Verdad», era una flauta soplada por el aliento de Dios. Cuando Bāyazīd exclamó: «Gloria a Mí», no era Bāyazīd, sino Dios, quien hablaba a través de él.

2. El Amor Divino

El sufí viaja con los pies del amor para poder alcanzar la Realidad. La razón y el intelecto son incapaces de comprender esta Realidad.

Desde la perspectiva de los sufíes, mientras permanezcas siendo tú no puedes conocer a Dios, y el mayor velo entre tú y la Realidad eres tú. Sólo con el fuego del amor divino puede quemarse esta yoidad hasta desaparecer. Además, tal amor divino brota; no puede aprenderse.

El amor divino puede despertar en el sufí de una de estas dos formas: a través de la Atracción y mediante el recorrido de la Senda. En la Atracción, el amor de Dios brota directamente en el interior del sufí, sin ningún intermediario, y en consecuencia el sufí es raptado por Él y olvida todo lo que no es Él. En el recorrido de la Senda, el sufí experimenta amor por el maestro, quien entonces transforma este amor en amor divino. En otras palabras, el sufí camina con el candil de la búsqueda de la Realidad hacia el maestro, y el maestro de la Senda enciende este candil con su aliento santificado hasta que el sufí arde en el amor divino. Como dice el poeta:

*Prenderá fuego en la cosecha de cientos de ascetas pensadores.
Este ardor que nació en nuestro enloquecido corazón.*

Preguntaron a Bāyazīd qué es el sufismo, y él contestó: «Es cuando uno, en un rincón de su corazón, encuentra un tesoro. En este tesoro hay una perla, y eso es el amor. Quien encuentra esa perla, es un sufí». También en palabras de Jāyāh 'Abdollāh Ansāri: «La mayoría de la gente dice «uno», y sin embargo permanece ligada a cien mil. Cuando los sufíes dicen «uno», escapan de sí mismos». (TSs 94)

Para los sufíes, la consecuencia de tal amor divino es que llegan a poner su atención en una sola dirección: los maestros sufíes se concentran únicamente en Dios. O como lo expresa Abol Hasan Nuri: «Los que en verdad están despiertos son los sufíes. Mientras que la mayoría de la gente busca la generosidad de Dios, los sufíes sólo le buscan a Él. Otros se contentan con Sus regalos; los sufíes se contentan sólo con Él».

Se dice que una vez le preguntaron a Rābe'ah si amaba a Dios. «No tengo amor para nada más», contestó.



Detalles de *Ebriedad de este mundo y del mundo del más allá*, miniatura de *Dimān-e Hāfez*, Sultan Muhammad Iraquí, n.d.

Entonces le preguntaron si también odiaba a Satán. «En absoluto», fue su respuesta, «pues amo tanto a Dios que no tengo espacio en mi corazón para odiar a Satán». Y añadió: «Vi en mis sueños al Profeta, y me preguntó: “Rābe'ah, ¿me quieres?”, y le contesté: “Profeta de Dios, ¿quién de tu pueblo no te quiere? Sin embargo, el amor de Dios ha embargado de tal forma mi corazón, que no ha dejado lugar para amistad o enemistad hacia otro que Él”». (TO 80)

Maqrebi, en alusión a este no mirar a otro que Él, escribe:

*Cuando el rey se manifiesta y estallan las exclamaciones,
no le preguntas por su ejército y sus dominios.*

Este poema podemos interpretarlo de la siguiente forma. ¡Oh, *darnishl*!, tú que para contemplar al Rey de la Realidad caminas en la Senda, cuando Él se manifiesta, no te ocupes en preguntarle por Sus dones y favores, pues de este modo mostrarías que tu corazón no buscaba Su encuentro, ya que la cortesía del amor exige que, en el encuentro con el Amado, todo salvo Él desaparezca de tu corazón.

3. La llamada a la adoración de Dios

Los maestros de la Senda llamaban a los discípulos hacia Dios, no hacia sí mismos. Su objetivo era liberar a sus discípulos de la autoadoración, o de la adoración de otros individuos, y así guiarlos hacia la adoración de Dios. No atraían a los demás hacia sí mismos a través de la manifestación de milagros u otras capacidades o con propósitos egoístas. Ni tampoco lo hacían por amor a beneficios mundanos.

'Attār cuenta la historia del hijo de una persona importante que estaba un día sentado en la asamblea de Abu Sa'id. Tras oír hablar al maestro, estaba tan abatido por el remordimiento que se arrepintió de su vida equivocada y entregó todo lo que tenía al maestro, quien lo sometió a varios años de labores degradantes. Para entonces, el hombre se había convertido en objeto de desprecio y rechazo de la población local. El maestro entonces instruyó a los otros discípulos para que también lo ignoraran. Finalmente, expulsó al hombre de su asamblea. Sin ninguna esperanza de socialización, se refugió en unas ruinas, donde se arrojó a tierra y gritó: «¡Oh Dios!, ves que nadie me acepta. Ya no siento nada más que anhelo por Ti y no me refugio en nada sino en Ti». Tras llorar así durante un tiempo, el discípulo se vio invadido por un estado que le indicaba que había alcanzado el objetivo para el que había luchado. Mientras tanto, en el *jānaqāh*, Abu Sa'id dijo a sus discípulos que debían acompañarle a buscar al hombre que había expulsado. Finalmente lo encontraron en las ruinas, todavía llorando. Cuando el discípulo vio al maestro, le preguntó por qué se le había hecho pasar por tales humillaciones. «Habías superado todas las expectativas de los seres creados», respondió Abu Sa'id, «pero todavía había un velo entre tú y Dios: ese velo era yo. Ahora también lo hemos levantado. Ponte en pie y volvamos». (TO 807)

4. Trabajar y no permanecer ocioso

Los grandes maestros sufíes insistían en que el ser humano debe tener una ocupación, y para animar a los discípulos, ellos mismos se ocupaban en algún oficio. Por ejemplo, Yoneid vendía botellas de cristal y Nuri tenía su propia tienda.



Jafif Shirazi comenta: «En mi tiempo, todos los maestros se ocupaban en algún oficio y ganaban el pan de cada día con su esfuerzo. Yo también aprendí un oficio para tener así una fuente de ingresos». (SJ 24)

5. Servicio a los demás y amor para toda la creación

Uno de los objetivos esenciales de los maestros sufíes de esta primera época fue animar a la gente a amar y servir a los demás y promover el desarrollo de cualidades positivas, poniéndose ellos mismos como máximo ejemplo de servicio a la humanidad.

Preguntaron a Salami: «¿Cómo se puede reconocer entre la gente a un amigo de Dios?», y contestó: «Por la delicadeza de sus palabras, por la belleza de su temperamento, por su rostro alegre, por su generosidad, por su ausencia de reproches y su tolerancia hacia los demás y por su amor y compasión hacia toda la gente». (TSs 312)

Jaraqāni: «Ojala Dios me castigara a mí en lugar de a los demás, y ahorrarles así el sufrimiento». (TO 6-8)

Cuando preguntaron a Abu Sa'id cuántos eran los caminos desde la creación a Dios, respondió: «De acuerdo con unas cuentas, son mil caminos; de acuerdo con otras, tantos caminos como seres creados hay. Pero el camino más corto y el mejor desde una criatura hasta Dios es a través de la amabilidad y el servicio a los demás». (AT 302)

En palabras de Rumi:

*Tanto si la gente te acepta o te rechaza,
sirve a los demás por amor a Dios.*

Y en palabras de Sa'di:

*La práctica devocional no es otra cosa que servir a la gente;
nada tiene que ver con el rosario,
la alfombra de oración o el hábito.*

Es importante mencionar que este amor abarcaba no sólo a los seres humanos sino también a las demás criaturas, ya que para estos maestros son también manifestaciones del Ser absoluto y, por tanto, dignas de todo cariño y compasión.

En palabras de Sa'di:

*No hagas daño a la hormiga
que arrastra con esfuerzo su grano,
porque también la hormiga tiene alma,
y la vida le es dulce.*

Se cuenta que Ma'ruf Karji tenía un tío que era gobernador de la ciudad. Un día, pasando por un lugar en ruinas, el gobernador vio a Ma'ruf sentado y compartiendo su alimento con un perro. Por cada pedazo que él ponía en su boca, ponía otro en la boca del animal. Le preguntó: «¿No te da vergüenza comer con un perro?», a lo que Ma'ruf le contestó: «Es la vergüenza lo que me hace darle de comer». (TO 326)

En un relato sobre Bāyazid, 'Attār cuenta que en el viaje de vuelta desde la Meca, el maestro pasó por la ciudad de Hamedān, donde compró una bolsa de semillas. Cuando llegó a su ciudad natal, Bastām, al abrir la bolsa descubrió que había algunas hormigas en medio de las semillas, y llorando se dijo a sí mismo: «Las he desterrado de su hogar». Entonces, el maestro se levantó y volvió a Hamedān, al lugar donde había comprado las semillas

y las depositó cerca de su nido. 'Attār termina el relato diciendo: «Hasta que uno no esté en lo más del amor a Dios, no puede tener compasión hasta tal extremo hacia sus criaturas». (TO 164)

6. No ofenderse por el acoso de otro

Hāfēz escribe:

*Amor ofrecemos con paciencia y felicidad,
pues en nuestra Senda ofenderse es la infidelidad misma.*

El verdadero sufí nunca puede ser ofendido por nadie. Esto implica dos cuestiones. La primera tiene que ver con la carencia de ego en el sufí. Ser ofendido es un atributo de la propia existencia, del propio «yo», que nace del egocentrismo. Pero el sufí es no-existente, no es nada. Quien se siente ofendido es consciente de tener una existencia separada. Si uno es consciente tanto de uno mismo como de Dios, tal persona es más un dualista que un adepto a la Unidad divina. El sufí, sin embargo, sólo es consciente de Dios.

La segunda es que los sufíes se someten totalmente a Dios. Así, están contentos con Su contento, aceptando cualquier cosa que ocurra como proveniente de Él. ¿Cómo podrían entonces sentirse ofendidos alguna vez? De hecho, el grado en que un viajero de la Senda no se ofende por el acoso de otros constituye un criterio por el que él o ella puede ser evaluado. Cuanto más libre permanezca uno de sentirse ofendido, más liberado del ego estará y, por tanto, más sufí será.

La historia que cuenta 'Attār en su obra *Memorial de los amigos de Dios* sobre el maestro Bāyazīd Bastāmī es un bello ejemplo de esta actitud:

«En una ocasión, cuando Bāyazīd abandonaba el cementerio donde a menudo solía pasar la noche, se encontró con un joven de una familia de la nobleza de Bastām que tocaba el laúd totalmente borracho. Cuando se acercaron, el maestro recitó un versículo coránico: *No hay fuerza y poder alguno sino el de Dios, el Sublime, el Magnífico*. Al oír esto, el joven pensó que el maestro le estaba criticando y le golpeó en la cabeza con su laúd, lo que hizo que tanto la cabeza como el laúd acabaran dañados. Bāyazīd volvió a su *jānaqāh*. Al amanecer, llamó a uno de sus discípulos y le entregó una cantidad de dinero para que comprara un laúd y además un plato de *halvā* (un tipo de dulce hecho de harina y leche). Luego debía llevarselos al joven con el siguiente mensaje: “Bāyazīd te pide perdón por haber roto tu laúd y te ruega humildemente que aceptes este dinero para comprar otro laúd nuevo y que tomes este *halvā* para que se borre de tu corazón la amargura que él te causó”. Cuando el joven recibió el mensaje, se sintió tan sorprendido y avergonzado por la amabilidad del maestro que fue a su *jānaqāh* y, tirándose a sus pies, le rogó que le perdonara».

'Attār concluye: «Por la gracia del bello temperamento del maestro, el joven y varios de sus amigos se convirtieron en discípulos suyos». (TO 171)

Otra historia en este contexto:

Cuentan que un *darwish* viajero, vestido de negro, entró en el *jānaqāh* del maestro Abu 'Abdollā ibn Jafīf. El maestro, al verle, sintió recelo en su interior. Después de realizar sus oraciones, el *darwish* saludó al maestro. Éste le preguntó: «Hermano, ¿por qué te has vestido de luto?». El *darwish* contestó: «Porque se murieron mis dioses [es decir: el ego y sus pasiones]». Escuchando su respuesta el maestro ordenó a sus discípulos que lo echaran del *jānaqāh*, y éstos lo hicieron con desprecio. Después, el maestro les dijo: «Traedle de vuelta». Y así, hasta cuarenta veces, por orden del maestro, le echaron con desprecio y le trajeron de vuelta. Entonces, el maestro se levantó, besó la frente del *darwish* y, pidiéndole perdón, le dijo: «Verdaderamente eres digno de vestir de negro, pues en estas cuarenta veces no fuiste perturbado lo más mínimo». (TO 576)

7. Caballería (*ṡawānmardi*)

Para los sufíes, la caballería tiene una connotación muy particular. La entienden como la realización de servicios altruistas a otros al tiempo que se permanece libre de cualquier auto-consciencia con respecto al valor de tal servicio. Muchos maestros sufíes han hablado sobre esta caballería.

Abu Hafs Haddād ha dicho: «La caballería es ser equitativo con los demás, pero sin exigirles nunca que lo sean contigo». (TO 394)

Según Yoneid: «La caballería es no ser consciente de tu propia caballería y no atribuirte a ti mismo ningún acto [de caballería] que realices, vanagloriándote: “¡Yo he hecho esto!”». (TO 394)

Cuando preguntaron a Jaraqānī sobre la caballería, respondió: «Si fuese Dios a conceder mil regalos a tu hermano y sólo uno a ti, aún así darías este único regalo a tu hermano». (NAO 75)

8. Respeto a las creencias de los demás

Los verdaderos maestros sufíes siempre han respetado a los seguidores de otras religiones y han desaprobado la disputa, el prejuicio y el comportamiento fanático en materia de religión. Como dijo Jaraqānī: «Aquellos cuyos corazones están ocupados en calificar como falsa o verdadera [la creencia de los demás en Dios] permanecen muy lejos de la meta». (NAO 92)

Maqrebi escribe:

*Aquellos ojos que ven a Dios,
no ven sino la Verdad manifestada.
La falsedad sólo se encuentra en la mente de la gente falsa.*

9. Autosuficiencia, altruismo y ausencia de apego al mundo

Entre las cualidades distintivas de los maestros sufíes, especialmente aquellos del primer período, podemos también incluir: autosuficiencia, altruismo y ausencia de cualquier atadura a las cosas mundanales. En otras palabras, libertad del deseo de cualquier cosa del mundo. Comprometidos de forma desinteresada con el servicio a los demás, estos maestros sufíes no poseían nada y entregaban generosamente a otros sufíes y a los pobres todo aquello que llegaba a ellos. Si un sufí no tenía dinero que dar podía ofrecer su gorro, turbante o manto. Por muy necesitado que pudiera estar materialmente, no tenía necesidad espiritualmente. Este estado de autosuficiencia indicaba su total desapego de todo rastro de existencia, de todo lo mundano y del egocentrismo.

Estos maestros sufíes sólo estaban concienciados con Dios y se mantenían desapegados del mundo, tanto exterior como interiormente. Al haber eliminado todo vestigio de existencia propia, esperaban pacientemente en el umbral del Ser Absoluto.

Como conclusión, en nombre de la Universidad George Washington y de la Orden Sufí Nematollahi, me gustaría agradecer a todos los profesores y alumnos que han permitido este evento con los resultados de su valiosa investigación, derramando así mayor luz sobre esa práctica de la ternura y el amor y la verdadera humanidad que constituye el sufismo persa del primer período.

Referencias:

— AT *Asrār al-Tawhid* (Mohammad ibn Monawar). Editada por el Dr. Zabihollāh Safā, Teherán, 1928.

— NAO *Nur al-olum*. Incluido en la obra *Ahwāl wa aqwāl-e sheij Abol Hasan Jaraqāni*. Editado por Moʿtabā Minawi. Teherán, 1980.

— SJ *Sirat-e Sheij Abu 'Abdollāh Jaff Shīrāzi* (Abol Hasan Dai-lami). Editada por Annemarie Schimmel. Prólogo y notas de Tofiq Sobhāni. Teherán 1981.

— TO *Tazkerat al-oliā* ('Attār). Editada por el Dr. Mohammad Este'lāmi, Teherán, 1975.

— TSs *Tabaqāt al-sufiyah* (Solāmi). Editada por J. Peterson, Leiden, 1960.

